

del que acabamos de bosquejar, nos parece estar viendo alguna de aquellas columnas grandiosas que respetadas por treinta siglos se alzan todavía llenas de majestad en las vastas soledades de la Tebáida y de Palmira, como si quisieran contemplar los montones de ruinas que les circundan; ó el bello promontorio del Carmelo que, extendiéndose muchas millas dentro del seno de un mar agitado, ve morir á su pié las olas que levantan los furiosos huracanes de Levante, sin que puedan marchitarle siquiera la mas pequeña de las flores hermosísimas que le sirven de ropaje. Así el catolicismo que perseguido en Irlanda buscó un asilo en el territorio de la Union, y entre recios sacudimientos que ponen á prueba cada dia su firmeza, se eleva hoy en el seno de la República, contempla la disolucion de sus enemigos, y como el árbol frondoso que crió la palabra del Verbo, dilata sus ramas en el territorio de todos los Estados con prodigiosa rapidez.

Dos siglos han trascurrido apenas desde que unos pocos católicos, precedidos de tres misioneros resignándose al destierro á fin de conservar la fe perseguida en su patria, arribaron á Maryland y echaron allí los fundamentos de una iglesia donde habian de tributar á Dios verdadero culto; y poco mas de medio há que en Baltimore hizo erigir Pio VII la primera metrópoli, encontrándose ya allí un número crecido de católicos. Pero estos crecen y se multiplican con una celeridad de que no se encuentra ejemplo en la historia, sino en los siglos primitivos del cristianismo. « La Iglesia se extiende como la viña del Evangelio, y son tantas las bendiciones que recibe de lo Alto, que así los que la plantaron como los que la regaron, los que la cultivan y los que recogen su fruto, no pueden ménos de exclamar en los trasportes de su admiracion: *¡ Aquí está el dedo de Dios!* » Y á la verdad, yo no encuentro otro modo de explicar este fenómeno de treinta y siete diócesis erigidas en medio siglo, y que cuentan en su seno mas de dos mi-

llones de fieles, dirigidos por siete arzobispos, veinte obispos y mil cuatrocientos presbíteros; diez y nueve seminarios eclesiásticos, esperanza de un risueño porvenir para aquellas iglesias, tres universidades, un crecido número de colegios y mas de cien monasterios, en cuyos claustros silenciosos un número crecido de santas vírgenes conducidas en alas de su fervor se proponen por modelo á las Teresas y Catalinas de Riccis, mientras otras con su vida toda activa retratan al vivo el genio laborioso de S. Vicente de Paúl en los hospitales, en los asilos de huérfanos y en las casas de educacion. Desde las playas de California bañadas por las aguas del mar Pacífico hasta la costa de las Carolinas batidas por las olas del Atlántico, á la sombra de gobiernos protestantes y bajo la influencia de personas que disponen de recursos numerosos que saben poner en accion cuando tratan de manifestar su intolerancia, este movimiento es el mismo, y vanos son los esfuerzos que para estacionarlo hacen los elementos que lo combaten sin cesar. Dos millones de católicos educados en la contradiccion exceden sin duda los cálculos de la prudencia humana, y el entendimiento que contempla el espectáculo admirable de abnegacion y de constancia que ellos ofrecen, tiene que recurrir á buscar en otra causa superior la explicacion de un fenómeno semejante. Él se presenta engalanado con toda la magnificencia y esplendor con que lo vieron los siglos primitivos de la Iglesia en ocho concilios nacionales, celebrados para uniformar la disciplina de diócesis tan vastas. La prensa protestante, contemplando el público espectáculo que ofreció la última de estas augustas asambleas: *¡ Jamas se ha visto en los Estados Unidos, exclamó, un espectáculo tan imponente y tan majestuoso como este!!!*

El catolicismo que junto con sus inspiraciones celestiales hace sentir su accion benéfica extendida admirablemente sobre todas las clases y sobre todas las necesidades de la

sociedad en el territorio de los Estados Unidos, ha llenado esta mision con no ménos celo y liberalidad que en los otros puntos de la tierra. Desde el infante que debe á un delito su existencia y á otro nuevo su abandono, hasta el infeliz que exhala su postrer aliento abandonado de todos, ménos de la Religion, todos los seres que el mundo conoce y llama desgraciados encuentran un asilo en el seno de las instituciones católicas de los Estados Unidos. En Charleston, en Richmond, en Pitisburg, en Baltimore, en Búfalo, en Filadelfia y en New-York los he visitado, sin que una sola vez haya dejado de ofrecerse á mi vista alguno de esos espectáculos grandiosos que ofrece la caridad en el seno del catolicismo. La monja de S. Vicente de Paúl y la de S. José, que curan con sus manos las úlceras inmundas de la sífilis, que asean y cambian las ropas de los pacientes con un amor que solo Dios inspira, y que miéntras derraman el bálsamo de la medicina sobre las heridas de su cuerpo, bañan con otro celestial mas saludable y mas importante su corazon, en donde ¡ cuántas veces! han tenido su principio aquellas sucias enfermedades. Cada vez que atravesaba los grandes salones de los hospitales públicos de New-York, decorados con mármoles y preciosas estatuas erigidas á sus fundadores y bienhechores, yo echaba ménos este trato para con los enfermos, advirtiéndolo á su vez otro tan frio como aquel mármol y tan sin alma como el bronce de aquellas estatuas. Las hermanas del Corazon de Jesus y las Salesas rodeadas de niños que acarician y abrazan con amor materno, me retrataban al vivo el espíritu de Aquel que: « Dejad, repetia, se acerquen á mí los pequeñitos, porque de ellos es el reino de Dios (1). » ¡ Ah! aquellas criaturas quizá no han conocido otro padre, me decia á mí mismo, y cuando sus tiernos corazones hayan de palpar, sus primeros latidos se dirigirán á estos seres que cam-

(1) S. Mateo, cap. xix.

biaron en gozo las lágrimas de su niñez. Otras, dedicadas á trasformar en bello y gracioso el corazon que corrompieran los excesos de las pasiones, sondean diestramente el ánimo de sus alumnas, se consagran con ellas á la meditacion y al trabajo de manos, y con oportunas reflexiones logran inspirarles el aborrecimiento á los vicios, que abre paso á la inocencia y á la gracia que recobran.

No trato de despertar susceptibilidad de ningun género, ni ménos puedo abrigar parcialidad cuando los efectos son tan manifiestos, asegurando que todos estos establecimientos dirigidos en los Estados Unidos por diversas instituciones de católicos, aventajan con mucho á los análogos que se sostienen bajo la influencia del espíritu y de la moral del protestantismo.

Á los regulares cabe una parte muy importante en las gloriosas tareas del catolicismo en los Estados Unidos: el concilio primero de Baltimore encomiaba ya el celo de los Dominicos, Jesuitas, Lazaristas y Sulpicianos; estos institutos, propagados rápidamente, no solo desempeñan su ministerio en las misiones, sino tambien en la instruccion de la juventud en los colegios y en las universidades: de entre ellos son elegidos frecuentemente los obispos que gobiernan las diócesis; la regularidad de su disciplina y observancia estricta de sus leyes que distinguen generalmente á sus individuos, les hace respetables aun á los ojos de los que son extraños á su fe. El mas numeroso de todos es la Compañía de Jesus: una reflexion se me ofrecia constantemente á vista de sus colegios, de sus noviciados y de sus numerosos establecimientos de educacion. Las Repúblicas Hispano-Americanas que con mas fuerza han proclamado libertad, aquellas que con sus programas ultraliberales parece se proponian asustar al mundo entero, no pudieron tolerar á los Jesuitas, suponiéndoles enemigos de sus instituciones; miéntras tanto los Estados Unidos, que se proponian como *modelo*, les conservan en su seno

con libertad indefinida y con las mismas garantías que cualquiera otro ciudadano. La Nueva Granada, Venezuela, el Ecuador los arrojan como perjudiciales á la libertad, mientras que la República que en excesos de entusiasmo promete á Europa *libertad*, autoriza sus colegios y universidades, donde se forma un crecido número de sus futuros ciudadanos. Juzgue la sociedad entera una contradicción tan abierta de principios; y el fallo severo de la conciencia pública pese sobre naciones intolerantes que mentirosamente invocan la libertad para sancionar los actos mas despóticos de su tiranía.



CAPÍTULO VII.

Impresiones. — Grandes ciudades. — Inconvenientes que definen bien el carácter nacional. — Edificios religiosos. — El domingo. — Sermon en las calles de Wasingthon. — Mont-Vernon. — Una inconsecuencia. — Visita al Niágara. — Las llanuras del Canadá. — Travesía del Atlántico. — Los meetings democráticos y las jóvenes oradores. — Liverpool.

No hace un siglo todavía que la América Inglesa, sumida en la colonización, apenas ocupaba la atención del mundo; no obstante que la feracidad de su territorio, sus ríos navegables, sus lagos y sus montes la llamaban á tomar uno de los primeros lugares en el rango de las naciones poderosas. Chateaubriand, pintando con la poesía que le es familiar los amenos bordes del Misisipi y las orillas románticas del Missouri, dejó un recuerdo del estado salvaje de aquellos países en una época poco distante de la nuestra. medio siglo despues de las escenas que el autor de los *Natchez* y de *Atala* coloca en selvas solitarias ó en valles poblados por indígenas, ¡quién hubiera dicho que habian de estar ocupados por ciudades rivales de las grandes capitales de Europa! Pasma ciertamente contemplan estas poblaciones, improvisadas, por decirlo así, y tanto mas cuanto sus hermosas construcciones, sus bellos parques y sus calles anchas y pobladas parecen una obra secular. Porque, en efecto, los Norte-Americanos en muy pocos años han poblado ciudades que en Europa no habrian podido formarse sino en el espacio de siglos. New-York, Filadelfia, Baltimore, Boston y todas las grandes capitales ostentan un esplendor que asom-